

## Prólogo

---

*Kilmartin Glen, Tierras Altas de Escocia  
Diciembre de 1718*

**D**eseo. Lujuria. Sexo.

En el sueño, zozobraba en un mar de anhelos desesperados en cuyas tempestuosas aguas se hundía cada vez más. Manos suaves y curiosas acariciaban su torso y sus hombros y bocas cálidas y húmedas lamían su vientre.

Era Lachlan MacDonald, caudillo del Castillo de Kinloch, guerrero curtido y uno de los más célebres seductores de mujeres de toda Escocia. Y, sin embargo, amaba sólo a una que no era más que un recuerdo difuso y cambiante dentro de su cabeza.

¿Dónde estaba ella en aquel sueño? ¿Estaba allí? ¿Era de veras un sueño? Se parecía más bien a la muerte. Pero, si así era, volvería a estar con ella. ¿No?

La corriente comenzó a agitarse más aprisa a su alrededor. No, ella no estaba allí, en aquel lugar. Lachlan no conocía a aquellas mujeres. Le eran todas desconocidas. De pronto sintió que no podía respirar.

Despertó sobresaltado, boqueando para llenar sus pulmones de aire frío. Intentó incorporarse y no pudo. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza y las muñecas atadas con una cuerda. Sus piernas, abiertas, también estaban atadas por los tobillos. Se hallaba a la intemperie en una especie de foso, mirando hacia el cielo despejado de la noche.

Un dolor agudo estalló dentro de su cráneo. Era peor que la

muerte. Gritó de rabia, sus músculos se tensaron al retorcerse y tirar de sus ataduras. Pero era absurdo debatirse. Las cuerdas estaban bien sujetas y su cuerpo débil. Sintió en las entrañas el ardor de una náusea. Se quedó quieto y miró a su alrededor, entre la penumbra. Lo rodeaban paredes verticales de piedra. Estaba tendido en un lecho de grava fría.

No era un foso, sino una tumba abierta. Un antiguo sepulcro.

Cerró los puños y gritó con furia, pero sólo consiguió que le diera vueltas la cabeza.

¿Lo habían drogado? Y si así era, ¿quién había sido? ¿Y cómo, en nombre de Dios, había llegado allí?

Intentó recordar sus últimos actos, abriéndose paso a tientas entre la neblina de la confusión. Había viajado solo a Kilmartin Glen por orden de su primo y jefe, Angus MacDonald, señor del Castillo de Kinloch. Había hecho un alto en el camino para comer en la taberna...

Su respiración laboriosa se aceleró: lanzaba rápidas nubes de vapor al aire frío de la noche. Las imágenes volvieron a fluir lentamente. Había una mujer. Había ido con ella a los almiarés de heno del campo. Ella se había reído cuando Lachlan le había deslizado las manos por las faldas y le había susurrado al oído. Pero, después de aquello, no recordaba nada. Era como si se hubiera sumido en aquel sueño.

Oyó pasos que se acercaban. Luego una figura apareció por encima de él, a los pies de la tumba. Una mujer. Lachlan la vio moverse como una sombra delante de la luna. La mujer se agachó a recoger algo del suelo: un cubo de madera con el asa de cuerda. Luego se irguió y clavó los ojos en él.

Estaba desorientado, pero reconoció al instante su silueta. Era la de Raonaid, el oráculo. Un mes antes, Raonaid había jurado que Lachlan lamentaría el día en que la había desterrado del Castillo de Kinloch.

—Raonaid...

Nunca antes había temido la muerte. Aquella mujer, sin embargo, despertaba en él un miedo profundo. Manejaba atávicos poderes del Más Allá, y Lachlan había percibido su veneno desde el primer momento. Por eso había urgido a Angus a expulsarla de Kinloch.

Raonaid dio un paso adelante y arrojó sobre él los huesos que

contenía el cubo. Lachlan hizo una mueca de repugnancia cuando cayeron haciendo ruido sobre su manto de tartán.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Son los huesos de todos tus antiguos amantes?

Ella se recogió las faldas y saltó a la tumba. Sentándose a horcajadas sobre él, comenzó a menear el trasero encima de sus caderas.

—Si esperas cabalgarme —masculló él entre dientes—, te vas a llevar un chasco. Puede que no aproveche la ocasión.

Era una mujer hermosa, una de las más deseables de Escocia: tenía el cabello rojo, una figura voluptuosa, de pechos enormes y turgentes, y el rostro de un ángel. Pero Lachlan la despreciaba.

—No te deseo a ti —dijo, y sus ojos centellearon, llenos de repugnancia y hostilidad—. Nunca te he deseado. Deseaba a Angus, y fue mi amante más de un año, hasta que llegaste tú y te lo llevaste.

Lachlan se esforzó por pensar con claridad a pesar del intenso dolor que sentía dentro del cráneo.

—Angus no vino a este mundo para ser tu compañero de cama —contestó con voz pastosa—. Nació para comandar a los MacDonald, para ser caudillo y señor del Castillo de Kinloch, y yo lo ayudé a reclamar ese derecho. Si de verdad te importara, no te habrías interpuesto en su destino. Lo habrías dejado marchar.

Raonaid se inclinó y le susurró maliciosamente al oído:

—Pero Angus se vio obligado a casarse con la hija de su enemigo. No, Lachlan, fuiste tú quien lo arrastró de vuelta a un mundo y a una vida que había rechazado. Fuiste tú quien emponzoñó su mente contra mí.

Se echó hacia atrás y extrajo de su bota un pequeño puñal. Pasó lentamente la hoja delante de los ojos de Lachlan, de un lado a otro, con aire desafiante; luego cortó de un tajo un mechón de su pelo.

—Voy a necesitarlo para la maldición —dijo—. Para que dure. —Después, le hizo un rápido corte en la mejilla con la punta afilada del puñal—. Y una gota de sangre.

Presa de rabia, Lachlan echó las caderas hacia delante violentamente para quitársela de encima, pero Raonaid se limitó a reír como si fuera un juego de niños.

La sustancia que le había dado, fuera cual fuese, seguía infectando su cerebro, y el súbito zarandeo hizo que la cabeza le diera vuel-

tas. Se le nubló la vista y una náusea se agitó en su estómago. Cerró los ojos y sintió que un hilillo de sangre corría por su mejilla y caía despacio dentro de su oreja.

Cuando al fin remitió el aturdimiento, volvió a mirar a Raonaid.

—¿Vas a destriparme como a un pescado? —preguntó—. ¿Saciarás así tu retorcida sed de venganza?

—No, eso sería demasiado fácil. Lo que quiero es que sufras. Durante muchos, muchos años.

Cogió uno de los huesos que habían caído entre la grava, a su lado, lo levantó y susurró de nuevo en su oído:

—Sé lo de tu mujer.

Usando el filo del hueso, recogió la sangre de su mejilla.

Lachlan se quedó paralizado bajo ella, helados los nervios por una rabia furiosa.

—Sé que murió con terribles dolores mientras daba a luz a tu hijo —continuó diciendo Raonaid—. Sé que lloró y gritó y que habría dado cualquier cosa por que el niño sobreviviera, pero ¡ay!, los perdiste a los dos. Hoy se cumplen diez años. ¿Lo sabías cuando te llevaste a esa moza al henar?

Claro que lo sabía. Por eso lo había hecho. Porque necesitaba una distracción.

—¿Fue ella quien me envenenó? —preguntó—. ¿La pagaste tú?

—No, solo me facilitó las cosas echándote algo en el vino mientras coqueteabas con ella e intentabas hacerle creer entre bromas que era el amor de tu vida.

Lachlan crispó la boca. Cerró los puños con fuerza. Las cuerdas crujieron cuando tiró de ellas con todas sus fuerzas.

—Es demasiado tarde, no puedes escapar —dijo Raonaid—. Ya estás maldito. Lo estabas antes de despertar.

—¿Has arrojado sobre mí una maldición? —Tiró de nuevo de sus ataduras y se retorció, furioso, bajo Raonaid.

Ella se levantó y salió del foso; luego, lo miró desde lo alto.

—Mataste a la mujer a la que amabas depositando tu semilla en su vientre, y sin embargo sigues acostándote con cada muchacha bonita que se cruza en tu camino. Te habrías acostado conmigo, Lachlan, si yo hubiera estado dispuesta la primera vez que nos vimos.

Él tiró violentamente de las cuerdas.

—Eso fue antes de saber que eres una bruja rencorosa.

Raonaid se inclinó para recoger el cubo vacío.

—Soy rencorosa, no lo niego, pero si hubiera sido una presa más fácil lo habrías hecho antes de olerte siquiera mi malicia. ¿Con cuántas brujas rencorosas te has acostado? ¿Lo sabes acaso?

Lachlan no pudo responder: rara vez se quedaba con una mujer el tiempo necesario para descubrir su verdadero carácter.

—Imaginaba que no —prosiguió Raonaid—, por eso he elegido una maldición que te viene como anillo al dedo.

Lachlan aguardó en silencio a que explicara el conjuro que había lanzado sobre él. Una suave brisa sacudió las faldas de Raonaid.

—De hoy en adelante, cualquier mujer que se abra de piernas para ti, sin fallar una sola, concebirá un hijo y morirá en el parto entre terribles dolores. No hay nada que puedas hacer para impedirlo. Una noche con Lachlan MacDonald será una sentencia de muerte segura para cualquier muchacha lo bastante necia para caer rendida a tus encantos. Y el niño morirá también por tu causa.

Diciendo esto, Raonaid dio media vuelta y se alejó.

Lachlan le gritó mientras se debatía violentamente, pero ella no volvió. El ruido de sus pasos se difuminó en la oscuridad.

Horas después, cuando al amanecer abrió los ojos, Lachlan ya no estaba atado. La escarcha se dejaba sentir en el aire. Veía su aliento. Tenía las mejillas y los labios entumecidos por el frío.

Aún le dolía la cabeza. El dolor era tan intenso que se volvió y vomitó lo que tenía en el estómago.

Débil y trémulo, sacudido por temblores incontrolables, salió del foso mortuorio y miró a su alrededor. Estaba sobre un túmulo de piedras de unos doce metros de diámetro, en algún lugar de Kilmartin Glen. Miró hacia abajo. Un pequeño círculo de piedras puestas en pie rodeaba la tumba y, más allá, otro círculo mayor de rocas más altas circundaba por completo el túmulo.

Lachlan se sopló las manos para calentárselas y se tocó la sangre seca de la mejilla.

Cruzando a trompicones el lecho de piedras sueltas, llegó hasta el borde del túmulo. Más allá, una crujiente capa de escarcha cubría la hierba. Cayó de rodillas y se tumbó de espaldas. Mientras miraba parpadeando el cielo de la mañana, sopesó la situación.

No era supersticioso y nunca había creído tanto como en Angus en las dotes mágicas de Raonaid, pero ¿cómo iba a vivir así? ¿Y si había algo de verdad en aquella maldición?

Se dio la vuelta, se incorporó apoyando las rodillas y las manos en el suelo y, tosiendo, se levantó trabajosamente. Mientras regresaba a la aldea, juró encontrar a Raonaid. La encontraría, por lejos que tuviera que ir y pese al tiempo que le costara. De un modo u otro, la obligaría a levantar la maldición.

Tal vez amenazara con matarla haciendo uso de ella.

Sí, eso sin duda la animaría a deshacer el conjuro. La idea le dio fuerzas.

# Capítulo 1

*Señorío de Drumloch, frontera de Escocia.  
Octubre de 1721*

DEL DIARIO PRIVADO DE LADY CATHERINE MONTGOMERY

*He resuelto que hoy, puesto que hace buen tiempo, voy a escribir mi primera anotación en el círculo de piedra. No puedo explicarlo, pero hay algo en este lugar que me reconforta, y hoy necesito sin falta algún consuelo. Hace ya cuatro meses de mi regreso, aunque «regreso» no sea la palabra más adecuada para describir mi situación aquí.*

*Sigo sin recordar nada de mi vida anterior, pese a los muchos esfuerzos del médico y sus incansables tentativas de experimentar con mi cabeza. Está perplejo, pese a que al mismo tiempo muestre impudicamente su entusiasmo, y yo empiezo a pensar que se llevará una desilusión si alguna vez logra curarme de este mal. Me mira ceñudo cuando se lo digo, pero tengo la sensación de que mi espíritu está en un lugar que no le corresponde: como si me hubiera apropiado del cuerpo de otra mujer y hubiera hecho mío cuanto era suyo. Me siento como una impostora, y a veces me pregunto si eso es lo que soy, una farsante perversa y maquinadora, aunque la abuela y el primo John me aseguren diariamente que soy ella: lady Catherine Montgomery, hija de un conde escocés. Una mujer desaparecida hace cinco años.*

*Dicen que mi padre fue un gran soldado y que murió luchando por los escoceses en la última rebelión, en el bando de los jacobitas, al*

*que según cuentan también apoyaba yo apasionadamente. No recuerdo nada de eso. Lo único que sé de mí misma es lo que me han contado y lo que he vivido desde la primavera, cuando me encontraron en el establo de una alquería, en Italia, acurrucada en una caba­lleriza vacía, hambrienta y temblorosa.*

*Me acogieron unas monjas y en cierto modo volví a nacer en ese convento extranjero: ellas me cuidaron hasta que recuperé la salud y me interrogaron incansablemente hasta que por fin fui identificada como la heredera, perdida años ha, de Drumloch.*

*¿Soy realmente ella? No lo sé. Los retratos de Catherine Montgomery muestran a una joven más bien regordeta y de aspecto virginal. Yo no soy regordeta, ni tampoco tan joven: dentro de seis semanas cumpliré, según dicen, veinticinco años. Tampoco soy ya virgen. El médico del convento lo constató.*

*No sé qué siento respecto a eso. A veces me inquieta, cuando imagino lo que no logro recordar. En mi fuero interno, sigo siendo virgen.*

*Estoy, además, muy delgada. Por eso algunos sirvientes no me reconocieron. Todos estuvieron de acuerdo en que tenía el mismo pelo que Catherine, de un tono de rojo poco frecuente, pero, fuera de eso, algunos pensaron que no me parecía en nada a ella. Su opinión fue desdeñada al instante.*

*Pero ¿y si tuvieran razón? A veces siento que la abuela me está ocultando algo. Ella lo niega, pero yo sospecho. ¿Es posible, acaso, que una parte de ella necesite creer que soy su nieta, aun sabiendo que no lo soy? A fin de cuentas, ya ha perdido a su hijo, el gran héroe de guerra que fue mi padre. Soy lo único que le queda de él.*

*En caso de que, en efecto, sea la heredera.*

*Sea como fuere, heredera o no, siento constantemente el impulso de mirar hacia atrás. Es como si esperara que la verdadera Catherine Montgomery (o su fantasma) fuera a hacer su aparición en cualquier momento y a ponerme en evidencia ante los demás como una impostora.*

Catherine cerró el diario encuadernado en piel y, echando la cabeza hacia atrás, la apoyó en la piedra lisa y vertical. Habría deseado no

tener que escribir sobre todo aquello, pero el doctor Williams la había urgido a poner por escrito sus reflexiones y sus sentimientos, alegando que tal vez de ese modo algo se desbloqueara dentro de su cabeza.

Otro experimento. ¿Insistiría el médico en leerlo?

Abrió de nuevo el cuaderno, echó un vistazo a lo que había escrito acerca de su virginidad y pensó en tachar la parte en la que hablaba sobre el notorio entusiasmo del doctor Williams.

No, lo dejaría como estaba. Era lo más sincero, y si aquel ejercicio tenía por objeto curarla de su extraña dolencia y resolver el misterio de sus cinco años de desaparición, debía abrir por completo su mente y dejar que saliera todo en tromba, como un saco de piedras vaciándose en el suelo.

Cansada de repente, dejó a un lado el diario y se tendió sobre la hierba, a la larga y fresca sombra de la roca colocada en vertical. Por la razón que fuera, ir allí era para ella un enorme consuelo.

Cruzó los tobillos y posó las manos sobre su vientre mientras contemplaba el cielo azul y radiante, salpicado de esponjosas nubes. Pasaban flotando parsimoniosamente, revolviéndose y cambiando de forma sin cesar. Mirarlas la ayudaba a relajarse. Tal vez ese día por fin el pasado saliera de su caja.

Poco después estaba soñando con hojas de otoño que el viento arrastraba por un infinito lecho de denso y verde musgo. Oyó un leve crujido de pasos entre la hierba, el relincho de un caballo llevado por la brisa...

En el sueño, se veía en un espejo y oía su voz gritando desde lejos. Alargó la mano y trató de hablar a la mujer del espejo.

—Ven a buscarme. Estoy aquí. He estado aquí desde el principio.

La mujer desapareció de pronto, atemorizada, como un fantasma que no quisiera dejarse ver.

Moviéndose, inquieta, Catherine sintió una presencia en torno al círculo de piedras. Pero no era el espíritu del sueño. Un hormigueo recorrió su cuerpo, y gimió suavemente a la brisa.

Alguien estaba circundando su esfera íntima mientras la observaba. Sintió los ojos del hombre clavados en ella y su mirada, cargada de una extraña fuerza de voluntad, la despertó y puso todos sus sentidos alerta. La impelía a incorporarse, pero Catherine no podía

moverse. Seguía sumida en el sueño y su cuerpo parecía hecho de plomo.

Por fin sus párpados pesados se abrieron y miró pestañeando el cielo. Se sentó y miró a su alrededor.

Allí, al borde del círculo de piedras, un montañés de aspecto salvaje se erguía sobre un enorme corcel negro. La observaba en medio de un silencio fantasmagórico que la hizo preguntarse si acaso seguía soñando: era sobrecogedor, la viva imagen de un dios envuelto en una trémula neblina de luz solar.

Su cabello enmarañado por el viento era tan negro como la reluciente crin de su montura. Le llegaba por debajo de los hombros y se agitaba suavemente al susurro sigiloso de la brisa. Llevaba un manto de tartán con un deslustrado broche de plata en el hombro, un escudo redondo sujeto con correas a la espalda y, colgada de la cadera, una espada de dos filos en una funda de cuero.

Todo en él rezumaba sexualidad, y Catherine se sobresaltó al cobrar conciencia de ello, pues era una idea en extremo impúdica.

Quiso llamarlo, preguntarle quién era y qué quería, pero parecía haber perdido la voz. Era como si todavía siguiera gravitando en el sueño.

O quizá no fuera un sueño, sino una alucinación. Había tenido algunas últimamente: a menudo se veía yendo de acá para allá, haciendo cosas cotidianas, y nunca sabía si eran recuerdos de su vida o invenciones ociosas de una mujer que sencillamente no tenía pasado.

No había, en cambio, nada de ocioso en aquel hombre, pensó con un arrebató de fascinación al ponerse de rodillas. Saltaba a la vista que era un guerrero. Parecía haber pasado días, si no semanas, a caballo. Las pruebas de ello podían verse por doquier: en sus armas, en su figura fornida y musculosa, en la oscura sombra de barba que cubría su rostro finamente esculpido, en la adusta expresión de sus ojos cansados y hoscos y en el aspecto mugriento de su camisa.

El caballo bufó con fuerza y sacudió la enorme cabeza, y Catherine sofocó un grito al oírlo. Era justo lo que necesitaba: algo temporal, algo estentóreo que la sacara por fin de su ensoñación.

Comprendió que aquel montañés no era una alucinación. Era de

carne y hueso. Pero ¿por qué la miraba así, con una intensidad tan torva, tan descarada?

¿Acaso la conocía?

Catherine se recogió las faldas y se levantó lentamente, dispuesta a enfrentarse a aquel hombre de su pasado, fuera quien fuese.

El gigantesco caballo la sintió moverse y giró sobre sí mismo, nervioso. El montañés volvió la cabeza sin quitarle ni por un instante los ojos de encima.

—¡Quieto! —ordenó al gran corcel negro con una voz gutural que hizo temblar las fibras nerviosas de Catherine.

Se irguió resuelta, plantando firmemente los pies sobre la tierra.

El animal obedeció de inmediato y el montañés se bajó de la silla de una salto y aterrizó con un golpe sordo en el suelo.

Catherine y él se miraron de frente.

El corazón de ella redoblaba como un tambor en su pecho. Luchó por reconocer al montañés. Sin duda lo conocía. Si pudiera recordar...

¡Dios! ¿Por qué no podía? Era impensable que hubiera podido olvidar un rostro como aquél. Sus ojos negros tenían una mirada penetrante. La observaban con un brillo perverso y una fiera determinación que casi la empujaba hacia atrás contra la roca erguida.

Debía huir. Su instinto le decía que corría grave peligro, pero sus pies no se movían.

El montañés entornó los párpados y comenzó a avanzar hacia ella, penetrando en el círculo de piedras que hasta ese momento había sido su dominio privado. Su fortaleza, sin embargo, parecía invadir y conquistar el mundo entero.

No apartó la mirada de ella mientras caminaba por la hierba a grandes zancadas, la mano apoyada sobre la empuñadura de bronce de su espada. Llegaría a su lado en cualquier momento, y entonces ¿qué haría?

Catherine retrocedió hasta chocar con la roca. Contuvo el aliento.

De pronto, el montañés se cernió sobre ella.

—¿Sorprendida de verme? —preguntó con un fuerte acento escocés al tiempo que deslizaba la rodilla cubierta por el tartán entre sus piernas y la apretaba contra la roca.

Catherine ignoraba si pretendía violarla o hacerla pedazos. Quizás ambas cosas. Una tras otra.

Una ardiente oleada de nerviosismo la recorrió al sentir la firme presión de su cuerpo pegado al de ella.

—¿Debería estarlo? —Intentó disimular su temor, a pesar de que estaba temblando y respiraba agitadamente—. ¿Nos conocemos?

—No me digas que no recuerdas nuestro último encuentro.

Al verlo tan de cerca, reparó en que tenía una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda: una minúscula imperfección en un lienzo por lo demás perfecto.

El desconocido apoyó las manos en la roca, por encima de sus hombros, y la mantuvo atrapada mientras recorría su cuerpo con una mirada llena de enojo. Olía a bosque, a cuero y a pinos.

—Lo siento —respondió Catherine temblorosa, sintiendo que le fallaban las piernas—, pero no recuerdo nada.

¿Habían sido amantes alguna vez? ¿Era él quien la había despojado de su virginidad? Era muy posible, pues aunque sabía por instinto que era peligroso, al mismo tiempo le parecía brutalmente atractivo.

—¿No recuerdas nada? —preguntó el montañés—. ¿Nada en absoluto? —Sus ojos centellearon, desafiantes—. Pues no temas, muchacha. Yo me acuerdo de todo. Llevo tres años reviviéndolo, y no he cesado de buscarte desde entonces. Para hacerte esto.

La asió de la nuca con su manaza y se apretó contra ella.

Jadeante y aturdida, Catherine hizo un esfuerzo por recordar. Aquel desconocido había estado buscándola. Tres años.

Pero ¿qué habían sido exactamente el uno para el otro? ¿Por qué estaba tan furioso? Tal vez lo había dejado plantado.

Que el cielo se apiadara de ella. Todo en él (su olor, el timbre ronco de su voz y la rudeza con que la sujetaba contra la fría piedra) enfebrecía su mente.

El montañés deslizó la mano hasta sus riñones y la apretó contra sí con un áspero gruñido, aplastando sus pechos contra el sólido muro de su torso.

Intentó apartarlo.

—Eso es, muchacha —susurró—. Resístete. Quiero que lo hagas. Por los viejos tiempos.

Catherine sabía que debía decirle que parara. Aquel hombre no tenía derecho a tratarla así; ella no era una tabernera lujuriosa.

Era, según su abuela y su primo, una dama de noble estirpe y alta cuna.

— Exijo conocer vuestro nombre — logró decir.

— No finjas que no lo conoces — respondió él con una mueca desdeñosa y cargada de hostilidad.

Catherine lo miró fijamente a la luz del sol.

— Tal vez le cueste creerlo, señor, puesto que está claro que me conoce, pero no sé quién es usted. No recuerdo nada. Ojalá pudiera, pero ignoro quién es. Debe detenerse de inmediato.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Con firmeza, sin vacilar.

Él la miró un momento con vehemencia, y a Catherine le dio un vuelco el corazón. Allí ocurría algo muy extraño.

— Así que, ¿va a ser así? — preguntó él—. ¿Vas a hacerte la ingenua?

Ella se esforzó por pensar con claridad.

— Le digo de veras que no sé de qué...

— ¿Creías que ibas a salirte con la tuya? — La agarró de las muñecas y le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

— ¿Salirme con la mía? ¿Qué quiere decir? — preguntó Catherine con aspereza mientras luchaba por desasirse—. ¡Suélteme!

*Despierta, Catherine. ¡Despierta!*

— Lanzaste sobre mí una maldición, muchacha, y ahora intentas engañar a estas crédulas gentes haciéndote pasar por quien no eres. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? ¿Lo justo para robar la herencia? Una vez me dijiste que morirías rica. ¿Es así como piensas conseguirlo?

Catherine sacudió frenéticamente la cabeza mientras la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad se agitaba en el aire, entre ellos.

— ¿O quizá piensas suplantar a Catherine Montgomery el resto de tu vida? ¿Es eso?

Una espantosa punzada de miedo atravesó a Catherine.

— ¿Qué sabe usted de mí?

Él sonrió con desdén.

— Sé que eres un demonio vengativo y una ladrona mentirosa. Debería matarte ahora mismo, así ahorraría muchos problemas a todo el mundo.

Su repulsión le llegó a lo más hondo, y se debatió violentamente para desasirse de él.

—¡Yo no voy a robar nada! —gritó, a pesar de que no sabía nada de sí misma ni de su pasado.

La mitad de los sirvientes la consideraban una impostora. Al parecer, tenían razón.

Aun así, se sintió impelida a defender su honor, pues no había ido a Drumloch a engañar a nadie, ni a apropiarse de lo que no le pertenecía. Eso, al menos, era cierto.

—No sé de qué me habla —contestó—. La condesa viuda viajó a Italia para reclamarme como su nieta y asegura que eso es lo que soy.

—¿Sin ayuda tuya? —Recorrió su rostro con una mirada feroz—. ¿Sin pociones, ni encantamientos?

Catherine se sobresaltó al oír sus palabras.

—¡Explíquese, señor!

Él se agachó ligeramente y clavó las caderas entre sus piernas.

—Esto debería bastar para refrescarte la memoria. Seguro que sabes lo que puedo y lo que no puedo hacer con esto.

Era innegable que estaba excitado: el tamaño y la fuerza de su verga resultaban arrolladores. El corazón de Catherine latió violentamente dentro de su pecho.

—¡No! ¡Solo me dice que es usted un bruto!

El montañés se apretó contra ella, asiéndola por los brazos hasta hacerle daño.

—Sí, eso es lo que soy, porque es lo que tú hiciste de mí. Pero no debería tener que explicártelo. ¿Es que no lo ves todo en las piedras?

Catherine ignoraba a qué se refería, pero no podía arriesgarse a enfurecerlo aún más.

—Seré sincera —dijo, y tragó saliva con esfuerzo—. Ignoro si soy o no la verdadera Catherine Montgomery, pero no vine aquí buscando nada de esto. No he mentido al decir que no os recuerdo, porque no guardo memoria de nada. No sé quién es usted.

Él frunció las cejas oscuras.

—Nadie aquí sabe dónde he estado estos últimos cinco años —siguió diciendo—. Usted parece saber algo. Si pudiera decirme por qué...

El montañés tapó de pronto su boca con una mano grande y áspera. Los ojos de Catherine se agrandaron, llenos de pánico.

—Admiro tus esfuerzos, Raonaid, pero a mí no puedes engañarme. Llevo tres años buscándote y ahora que te he encontrado, vas a hacer exactamente lo que te diga. ¿Entendido?

Una mezcla de rabia y deseo ardía en sus ojos. Catherine no se atrevió a provocarlo. Haría lo que fuera necesario para aplacar su ira. Asintió con la cabeza.

El desconocido apartó lentamente la mano de su boca, pero siguió apretándola contra la piedra con su cuerpo.

Su razón, sus sentidos, sus emociones, todo dentro de ella gritaba de miedo, pero tenía que mantener la cabeza fría. Tenía que explicarse con claridad. Hacerle entender.

—Me ha llamado Raonaid —dijo con cautela.

—Sí, ése es tu nombre. —Su voz perdió parte de su hostilidad en ese momento. Una excitación más sutil, más cargada de curiosidad, pareció ocupar su lugar.

Catherine respiró hondo, trémula. Sólo quería entender qué hacía aquel hombre allí y averiguar qué sabía de su pasado. Tal vez, si oía algo que le resultara familiar, recuperaría la memoria. Y si entendía lo que le había hecho a aquel hombre, quizá fuera capaz de aplacarlo de algún modo.

—¿Qué es lo que quiere que haga?

—Quiero que acabes con ella.

El pulso de Catherine se aceleró.

—¿Acabar con qué?

—Con la maldición.

Ya antes se había referido a una maldición, pero Catherine seguía sin recordar nada.

—¿A tantos hombres has maldecido que no lo recuerdas? —preguntó él mientras tiraba de ella, apretándola contra su cuerpo.

El instinto de Catherine le dictaba que le siguiera la corriente, al menos hasta averiguar lo que quería el montañés. Parecía cada vez más excitado. Tal vez, si conseguía que bajara la guardia, pudiera golpearlo y escapar.

Él bajó la mano, agarró sus faldas y comenzó a tirar de ellas hacia arriba.

—Estás cambiada —dijo con la voz enronquecida por el deseo—. La ropa, el pelo, el perfume... Me sorprende haberte reconocido.

Deslizó la mano por su muslo, hacia arriba.

—¿Qué va a hacer?

Catherine cerró las piernas y empujó sus manos hacia abajo, pero él insistió.

—Levanta la maldición, Raonaid. Ya sabes lo que pasará si no lo haces.

—No, le aseguro que no lo sé. —Golpeó sus brazos con los puños e intentó apartarlo de un empujón—. ¡Pare o gritaré!

—¿Quieres que pare? —preguntó él, burlón—. ¿Y esperas que te haga caso? Por tu culpa hace tres años que no gozo de una mujer, y de pronto estoy tan caliente como un toro. No esperaba que fuera tan estimulante, tratándose de ti, pero supongo que estoy peor de lo que imaginaba. Puesto que es culpa tuya que esté así, esto es lo que te propongo. —Hizo una pausa y rozó con los labios su mejilla—. Una de dos: o levantas la maldición, o alivias esta ansia. Tú eliges.

Se sirvió de su cuerpo para retenerla contra la pared, apartó a un lado su manto de tartán y comenzó a luchar con las faldas de Catherine.

Una ardiente oleada de terror se apoderó de ella.

—¡Dígame cómo levantarla y lo haré!

Se retorció, intentando escapar, pero él era demasiado grande, demasiado fuerte, y de pronto rebosaba ardor sexual.

—Puedes fingir todo lo que quieras —repuso mirándola a los ojos—, pero yo no soy tan fácil de engatusar como tu amantísima abuela. Sé quién eres y llevo mucho tiempo esperando este momento, esperando a que deshagas lo que me hiciste hace tres años. Levanta la maldición ahora mismo o pronto caerás víctima de ella.

Catherine perdió al instante toda esperanza de aplacarlo.

—¡Suélteme!

Le escupió a la cara y le propinó un rodillazo en la entrepierna. Él se dobló, dolorido.

Catherine echó a correr hacia la casa.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Apenas había llegado al otro lado del círculo de piedras cuando oyó acercarse precipitadamente los pasos del montañés. Miró hacia atrás y, al girarse, las faldas se le enredaron en las piernas y cayó de bruces, raspándose las manos con la tierra e hiriéndose el labio.

El desconocido cayó sobre ella y la hizo volverse.

— ¡Está loco! — gritó Catherine mientras luchaba por desasirse y lo miraba con feroz determinación. Lo abofeteó, pateó sus piernas y arañó su cuello.

— ¡Levanta la maldición! — exigió él—. Levántala enseguida, mujer, o juro por todo lo sagrado que...

— ¡No puedo! — repitió ella—. ¡No me acuerdo de nada! ¡Suéltame!

Por un instante, el mundo pareció inmovilizarse y el montañés cesó de forcejear con ella y se detuvo. La miró estupefacto, como si una neblina hubiera velado su entendimiento; luego fijó los ojos en su labio ensangrentado. Casi se habría dicho que estaba viéndola por primera vez.

Catherine se quedó quieta bajo él. Temía moverse por si volvía a ponerse violento. Sólo pudo mirarlo con perplejidad, esperando a que hiciera o dijera algo, lo que fuese. Él cerró los ojos con fuerza y, haciendo una mueca, apoyó la frente en la suya como asaltado por un intenso dolor.

Catherine se apartó de él y retrocedió arrastrándose. El desconocido se puso en cuclillas y la miró boquiabierto, con los ojos turbios e inyectados en sangre y una mirada de sufrimiento.

— Mira lo que me has hecho — gruñó, sacudiendo la cabeza—. Te desprecio, Raonaid.

— Lo siento... — repuso ella a pesar de que no guardaba memoria de lo que había hecho. Y era ridículo que fuera ella quien le pidiera perdón, dadas las circunstancias.

La miró con una extraña mezcla de vergüenza y desesperación. Luego dijo en voz baja, entre dientes:

— Te lo suplico, levanta la maldición y te dejaré en paz.

— Le aseguro que lo habría hecho ya si supiera de qué está hablando, pero no tengo recuerdos. No sé quién soy.

Los ojos del montañés se oscurecieron.

— Eres Raonaid, el oráculo, la bruja que me maldijo hace tres años, no la heredera de Drumloch.

Toda la sangre del cuerpo pareció agolpársele en la cabeza cuando Catherine intentó comprender lo que acababa de decirle el desconocido. ¿Era cierto? ¿Era una especie de maga? ¿Habría estado

engañando involuntariamente a los Montgomery todo ese tiempo? La mitad de los sirvientes creía que era un fraude. Pero ¿por qué iba a mentir su abuela? ¿O acaso sólo estaba negando la evidencia, resistiéndose a creer que su única nieta siguiera desaparecida, o quizá muerta?

En ese instante, el estampido de una pistola resonó en el aire. Catherine dio un salto hacia atrás mientras el montañés caía a su lado agarrándose el brazo.

—Mierda —masculló, derrotado, al dejarse caer de espaldas, mirando hacia el cielo con un rictus de dolor.

Catherine se puso a gatas en el instante en que su primo John penetraba a caballo en el círculo de piedra volviendo a cargar su arma.

—He oído tus gritos —explicó al desmontar—. Disculpa que haya tardado tanto en llegar, Catherine, pero necesitaba un blanco claro para disparar.

Tendido de espaldas, el montañés movió las piernas, dolorido, y masculló una maldición en gaélico. Catherine no entendió lo que decía, pero supo que era un reproche dirigido contra sí mismo. La sangre manchó su camisa de hilo y mojó la hierba.

John acabó de cargar la pistola, la amartilló y se acercó. Cerنيéndose sobre el escocés herido, le apuntó a la cara.

—Soy John Montgomery —dijo—, quinto conde de Drumloch. Esta mujer es mi prima, y estaría en mi derecho si te matara de un disparo, despreciable salvaje.

Catherine se levantó rápidamente y puso una mano sobre el brazo de John.

—No pasa nada —le dijo—. No me ha hecho daño y, mira, está herido. Ya puedes bajar el arma.

John se negó a hacerlo.

—Este sucio montañés ha intentado deshonrarte, Catherine.

—En efecto —contestó ella—, pero se ha dominado antes de hacerlo.

Y ella no podía permitir que muriera, porque era la primera persona que parecía saber algo sobre sus andanzas durante los cinco años anteriores.

—No puedo dejarlo libre —declaró John.

El montañés apretó los labios hasta que su boca quedó convertida en una línea muy fina y miró con desprecio al primo de Catherine.

—No es quien creéis que es.

John levantó de nuevo su arma.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Lo sé porque conozco a esta astuta muchacha —replicó el montañés mientras luchaba por sentarse—. Y es una bruja vengativa y cruel.

Catherine contuvo el aliento al oír aquella despiadada ofensa contra su honor. Su primo se giró y, lanzando una fuerte patada a la cabeza a su agresor, lo dejó sin sentido.